

LOS ORÍGENES DE ROMA

Jorge Martínez-Pinna

*Biblioteca Aries
7/07*

**HISTORIA
UNIVERSAL
ANTIGUA**


**EDITORIAL
SÍNTESIS**

Introducción

Era una regla casi general, tanto para griegos como para latinos, identificar el origen de su civilización con el nacimiento de la ciudad. En otras palabras, la historia nace con la ciudad, y esto es precisamente lo que distingue a un pueblo civilizado de otro que no lo es. Así, como dice Catón refiriéndose a los ligures, los bárbaros se señalan por su incapacidad para recordar sus orígenes (fr.31 *HRR*), para poder narrarlos de acuerdo con ciertos criterios, que naturalmente no son otros que aquellos propios de las civilizaciones clásicas. Pero situar la ciudad en el principio de la historia requiere en consecuencia indagar sobre su origen y aquí se impone el criterio griego: la ciudad es siempre producto de un acto fundacional cumplido por un héroe.

En el caso de Roma, la necesidad de buscar un fundador se convierte en una preocupación no sólo historiográfica, sino también ideológica, pues la aceptación del mencionado principio griego llega a crear un conflicto en la mentalidad romana. El papel del fundador recayó finalmente en el héroe indígena Rómulo, aunque para ello tuvo que competir con otros personajes inventados por los griegos. Pero si bien al cabo se impuso Rómulo, que fue incluso aceptado en los círculos historiográficos helénicos, no por ello se soluciona el problema, ya que la figura del fundador no es una creación latina. De aquí surgen nuevas dudas, pues, como veremos en su momento, es muy probable que Roma fuese objeto de una fundación ritual, simbólica, cumplida según la costumbre etrusca y por un personaje histórico que naturalmente no es Rómulo. Así se pueden explicar las contradicciones que con frecuencia se detectan en la tradición romana a propósito de determinados hechos que, por su carácter "fundacional", los antiguos dudaban en atribuir a Rómulo o a otros monarcas. Y en efecto, Roma se va "fundando" de manera continua,

ya que junto a Rómulo sobresalen otros reyes, como Numa Pompilio, Tarquinio Prisco o Servio Tulio, que, por haber realizado reformas de gran importancia para la ciudad, asumen al momento un carácter fundacional. Pero esta misma sensación se descubre al leer el relato tradicional sobre los comienzos de la República, totalmente repleto de hechos fundacionales, tanto desde una perspectiva ideológica como por el protagonismo que asumen algunos personajes, especialmente creados para la ocasión y configurados según el esquema tradicional del héroe latino.

Para los modernos, el concepto de los "orígenes de Roma" es otro, pero no necesariamente muy diferente de aquel que subyace en el relato tradicional. Demostrada la falsedad de Rómulo, y contando con la ayuda de la arqueología y de una crítica histórica más rigurosa, la idea del origen se transforma en otra, más apropiada, que contempla un largo proceso de formación salpicado por hitos de gran incidencia. Así, se hace necesario elevarse a aquella lejana época, en las postrimerías del II milenio a. C., cuando por vez primera es posible definir étnica y culturalmente una esencia latina, de la cual participan los más antiguos pobladores del solar de Roma. El punto final de nuestro camino se fija en la caída del último de los reyes, que da lugar al nacimiento de la República, según la tradición en el año 509 a. C. Entre estos dos extremos, los acontecimientos van pasando ante nuestros ojos sin que en numerosas ocasiones podamos siquiera percibir su presencia. Como es común a toda época relativa a los *primordia*, esto es así por las condiciones de la documentación disponible, según comprobaremos en el primer capítulo. Para salvar el obstáculo y llenar los grandes vacíos existentes, unas veces se recurre a reconstrucciones por completo hipotéticas, por no decir fantásticas. Otras se intenta a través de nuevos planteamientos metodológicos, sobre todo desde el campo de la arqueología, si bien el resultado no es siempre satisfactorio. Véase por ejemplo la reciente tendencia a subdividir cada vez más los períodos que señalan la evolución de la cultura lacial (y en definitiva la historia de los primitivos pobladores de Roma), con la intención última de aprehender, mediante la definición de unidades culturales cada vez más precisas, las claves que expliquen el proceso histórico. Sin duda se trata de una aspiración legítima en la perspectiva de la metodología arqueológica, pero cuya aplicación en la tarea de la interpretación histórica levanta serias dudas, pues como dice M. Pallottino se puede llegar a la paradoja de que una simple tumba llegue a constituir un momento cultural en sí mismo y por tanto susceptible de definir una fase propia.

A pesar de las grandes dificultades existentes, los avances conseguidos en los últimos decenios no han sido escasos. Sin embargo, el camino siempre se antoja tortuoso y titubeante, pues no sólo se ha progresado gracias a nuevos hallazgos documentales o a la utilización de un método más apropiado, sino también reconociendo errores, algunos de gran envergadura.

Recuérdese por ejemplo la interpretación de la Roma arcaica propuesta en 1965 por A. Alföldi, que tanta influencia tuvo, sobre todo en la historiografía francesa y alemana (y por tanto también en la española), hasta el punto de incorporar sus conclusiones a los manuales universitarios; afortunadamente poco permanece ya de esta falsa visión de Roma como una pequeña ciudad, víctima de las sucesivas hegemonías que se destacan en Etruria. En la actualidad casi nadie duda sobre la existencia de una Roma poderosa en el siglo VI, la "grande Roma dei Tarquini" en la feliz expresión de G. Pasquali. Lo mismo puede decirse sobre sus reyes, situación que ha favorecido especialmente a Tarquinio Prisco, cuya historicidad e importancia emerge cada vez con mayor fuerza. Las condiciones ya no son las mismas cuando nos referimos a las fases más antiguas del poblamiento romano, cuando éste adquiere por vez primera conciencia de su propia identidad. Aquí reina todavía una gran confusión, se avanza verdaderamente a ritmo muy lento y con la inseguridad de no saber si el camino elegido es el adecuado. Por un lado, gracias a la perfección alcanzada por la investigación arqueológica, se han conseguido notables resultados, como los proporcionados por el estudio sobre la necrópolis protohistórica de Osteria dell'Osa, junto a la antigua ciudad de Gabii, que ha permitido penetrar con mayor firmeza en la estructura social y cultural de las primitivas comunidades latinas. Sin embargo, en el polo opuesto, tenemos el magnífico hallazgo de un muro del siglo VIII en el Palatino romano, descubrimiento que verdaderamente todavía no se digiere con facilidad.

Como tema de investigación histórica, los orígenes de Roma permanece más en el lado de las tinieblas que en el de la luz, lo que condiciona muy seriamente todo intento de síntesis, como el que pretende ofrecer este libro. Con los mismos datos en la mano, dos especialistas de prestigio pueden llegar a conclusiones diametralmente opuestas. Esta situación entra en la lógica de la investigación histórica, en especial cuando se trata de cuestiones particulares o hechos concretos, pero ya no tanto cuando afecta de lleno a la visión general, como sucede en todo intento de explicar los orígenes de Roma. Así las cosas, es inevitable que a lo largo del discurso se haga continua referencia a las distintas opciones propuestas acerca de un determinado problema, abriéndose la posibilidad a inclinarse por cualquiera de ellas (o por ninguna). Sabemos que toda conclusión no puede ser sino provisional. En un tema de estudio como éste, caracterizado por la movilidad de los conocimientos, lo que hoy se cree tener por seguro mañana puede demostrarse falso, y a la inversa, lo que explica los continuos vaivenes que ha sufrido la investigación. Además las posibilidades de nuevos descubrimientos, especialmente en los campos arqueológico y epigráfico, están tan latentes que el futuro que se nos ofrece es totalmente imprevisible. A la vista de todo ello, no se puede sino pedir al lector comprensión y el beneficio de la duda

hacia el historiador que se aventura a través de una época como la que aquí se presenta, dominada por la incertidumbre y la oscuridad.

No quisiera finalizar estas palabras de introducción sin justificar brevemente las pautas que han guiado la redacción de este libro. En él no se pretende fijar un estado de la cuestión; pero tampoco es una obra meramente expositiva a partir de aquellas tendencias, opiniones o planteamientos que más agradan al autor. La Historia no es sólo narración de los acontecimientos, sino que fundamentalmente persigue la interpretación de los mismos, de manera que incluso en una síntesis histórica no pueden ocultarse las inquietudes de aquel que la realiza. Por tanto, aunque *stricto sensu* no es posible catalogarlo como labor de investigación, pues carece de elementos fundamentales exigibles en una obra con tales pretensiones, el libro que el lector tiene en sus manos sí es producto de la reflexión y en muchos aspectos de la propia investigación del autor. Por ello no ha de sorprender encontrar a lo largo del texto planteamientos que no se adaptan con facilidad a las tendencias dominantes, y que incluso en ocasiones puedan quizá resultar excesivamente personales para una obra de estas características; pero actuar de otra manera no sería honesto. En aquellos casos en que pudiera suscitarse un conflicto de interpretaciones, siempre se ha procurado exponer los diferentes puntos de vista y en la bibliografía final el lector interesado podrá saciar con creces su curiosidad, hallando lo que aquí se echa en falta. Las referencias –siempre en texto– se han limitado, y únicamente en los casos necesarios, a las fuentes literarias antiguas. Las menciones a autores modernos se han incluido tan sólo a efectos de opinión, por lo que en ningún momento pretenden sustituir a las citas críticas que sirven de apoyo a los argumentos desarrollados en la exposición. No se trata por tanto de justificar una afirmación, sino exclusivamente de reconocer las ideas ajenas.

A pesar de todos los errores que sin duda el lector atento descubrirá en su lectura, el autor confía en que este libro cumpla el mínimo objetivo propuesto. No se pretende convencer de las interpretaciones defendidas, sino simplemente iniciar en el estudio y despertar la inquietud por el apasionante tema sobre los orígenes y primeros tiempos de Roma, tan presente en numerosas universidades de Europa como ignorado en las nuestras.

1. ---

Fuentes y método

En una frase ya proverbial, A. Momigliano consideraba el tema de los orígenes de Roma una escuela ideal del método histórico, pues permite como en muy pocas otras parcelas de la Historia Antigua contrastar y combinar el análisis crítico de las fuentes literarias con los datos arqueológicos. Y en efecto, el estudio de la Roma primitiva parte de una tradición documental bastante singular. Por un lado se dispone de una tradición literaria que, dentro de las carencias propias de épocas "oscuras", no puede tenerse por escasa, aunque cierto es que sí está sometida a unas condiciones que exigen un mayor esfuerzo de crítica. A su lado, una documentación arqueológica en continuo crecimiento, que por su propia definición sigue un camino diferente y que por ello mismo no tiene necesariamente por qué confirmar o rechazar lo que nos llega a través de la información literaria, pero –y éste es quizá el punto de mayor interés– tampoco está siempre en contradicción abierta con ella. Y algo similar cabe decir de las escasas pero importantes inscripciones de época arcaica recuperadas en el subsuelo de Roma y del Lacio. Por tanto las posibilidades de interpretación histórica, y que ésta se ajuste a unas condiciones de verificación aceptables, son cada vez mayores, aunque siempre debe anteponerse la prudencia y la conciencia de que tales interpretaciones por lo general se limitan a perspectivas relativamente amplias, no siendo apenas posible descender al detalle. Pero antes de intentar valorar hasta dónde estos documentos pueden ser verdaderamente útiles para la investigación histórica, veamos sus características a partir de su catalogación en tres tipos principales: literarios, arqueológicos y epigráficos.

1.1. Las fuentes literarias

1.1.1. Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso

Las fuentes literarias para el estudio de los orígenes de Roma son de dos tipos principales, según procedan de historiadores o de anticuarios, pero en ningún caso se elevan más allá del siglo I a. C. En el primer grupo se encuentra lo poco que dice Cicerón en su tratado *De re publica* y sobre todo los extensos relatos de Tito Livio y de Dionisio de Halicarnaso, mientras que en el segundo se cuentan Varrón, el resumen redactado por Festo sobre la obra de Verrio Flaco y la información proporcionada por algún poeta, en especial Ovidio en sus *Fasti*. Estos autores de épocas tardorrepública y augustea constituyen la base para los historiadores posteriores, como Floro, Plutarco, Dion Casio (que hay que manejar a través de un epitomista bizantino, Zonaras) y Eutropio, así como para otros escritores que se adaptan mejor a la tradición anticuaria (Plinio, A. Gelio, Macrobio, Servio, Solino), en los que asimismo se detectan influencias de los analistas republicanos.

Entre anticuarios e historiadores, son estos últimos los que proporcionan mayor información, pues ofrecen una narración continua de los acontecimientos, mientras que en los anticuarios, por el propio carácter de sus obras, sólo se encuentran noticias puntuales sobre los aspectos más diferentes, como pueden ser los relativos a la religión, la topografía, las instituciones, referencias a hechos históricos, etc. Su interés es sin embargo muy notable, pues dependen de fuentes más variadas y no sometidas a la presión de una tradición oficial. Esto les permite hacerse eco de tradiciones en gran parte desconocidas por los historiadores, al tiempo que al no verse constreñidos por la necesidad de ajustarse a un rígido esquema diacrónico, pueden expresarse con mayor libertad.

Livio y Dionisio, ambos de la época de Augusto, son los historiadores más antiguos cuyo relato sobre la Roma monárquica ha llegado prácticamente íntegro hasta nuestros días. Aunque con sensibles diferencias en cuanto a planteamiento y objetivos, uno y otro son herederos de una misma tradición, representando en definitiva la culminación de la historiografía analística, en vigor durante los dos últimos siglos de la República. Al contrario de Dionisio, Livio es un historiador más conciso en su estilo, menos propenso a florituras y discusiones, de donde nace la opinión bastante extendida, aunque no satisfactoriamente demostrada, sobre la "fuente única", esto es, que Livio sólo utilizaba una fuente para cada episodio. Su concepción de la historia de Roma es más bien nacionalista, en consonancia con la tradición analística, pero al mismo tiempo no dejan de observarse profundas influencias del pensamiento helenístico. Según defiende G. B. Miles, en la visión de Livio la evolución histórica de Roma avanza impulsada por un ritmo cíclico que la hace decaer y

levantarse, apareciendo en el inicio de cada nuevo ciclo, y en una posición de protagonismo, un personaje que asume connotaciones fundacionales: así sucede con la invasión de los galos a comienzos del siglo IV a. C. y la acción salvadora de Camilo, "segundo fundador" de Roma, y también con Augusto, quien se presenta como última personificación de la figura del fundador mediante una profunda labor de reforma tras la crisis de las guerras civiles. Desde esta perspectiva, es legítimo pensar que la época monárquica encierra uno de estos ciclos, el primero en la historia de la ciudad: se inicia con Rómulo, el fundador de Roma, alcanza su punto culminante con Servio Tulio y decae vertiginosamente con Tarquinio el Soberbio, el último de los reyes. La institución de la República significa entonces una repetición del acto fundacional y de ahí la fuerza con la que Livio destaca, en los comienzos del libro II, el surgimiento de una nueva Roma en un momento también protagonizado por nuevos héroes.

Dionisio se sitúa en un plano distinto al de Livio, no sólo en cuanto al estilo –más retórico y recargado–, sino sobre todo en aspectos que afectan al significado profundo de su obra. Ante todo hay que tener presente que Dionisio es un griego que escribe sus *Antigüedades romanas* para un público asimismo griego, y esto condiciona en gran medida su actitud. Su finalidad casi obsesiva es demostrar que Roma es una ciudad griega desde sus más remotos orígenes, con lo cual da a entender el sentido político que subyace en su obra: entre griegos y romanos no puede darse una oposición y por tanto el dominio sobre la Grecia helenística impuesto por Roma no es sino la expresión de una recuperada unidad histórica y cultural. Para cumplir este objetivo, Dionisio se ve forzado a realizar un gran esfuerzo, pues no dispone de antecedentes, viéndose determinado además por dos corrientes distintas, la tendencia helenocéntrica por un lado y la dependencia hacia la analística romana por otro. Frente a Livio, que dedica un solo libro a la época monárquica, Dionisio necesita cuatro para exponer su visión sobre la Roma más antigua, pues al contrario del anterior ofrece un desarrollo muy extenso de la prehistoria mítica del Lacio, que prácticamente ocupa el libro I y resulta una admirable tarea de investigación. Además frecuentemente Dionisio recurre a la comparación con el mundo griego, para facilitar al lector la comprensión de situaciones romanas, y a la vez siente la necesidad de justificar sus opiniones, lo que le lleva a citar a un elevado número de autores, tanto griegos como latinos, y a discutir diversas tradiciones relativas a un mismo asunto, aspecto este último que en Livio se encuentra en muy contadas ocasiones.

A pesar de estas sustanciales diferencias, si descendemos al detalle del relato sobre los diferentes reyes de Roma, las discrepancias entre Livio y Dionisio son casi inexistentes. Quizá tan sólo en el tratamiento de la figura de Rómulo como fundador de la ciudad, mucho más extenso en Dionisio, pue-

de observarse cierta distancia entre uno y otro, aunque sin alterar en ningún caso la esencia del personaje. Las posibilidades que se le ofrecían a Dionisio en el libro I para llevar a cabo una investigación original, desaparecen de hecho a partir del libro II, cuando la dependencia hacia la analística romana es ya prácticamente irremediable. La tradición histórica sobre la Roma arcaica estaba organizada por los primeros historiadores romanos, de forma que a finales del siglo I a. C., cuando escriben nuestros autores, existía una versión canónica que no era posible modificar. Las licencias permisibles se reducen a aspectos concretos y puntuales, sobre los que podía haber versiones discrepantes, pero que nunca alteran el sentido general de la narración. De aquí la sustancial coincidencia entre Livio y Dionisio, pues de hecho ambos dependen de la misma tradición.

Sin embargo, sí era posible adoptar una actitud más o menos crítica respecto a las fuentes utilizadas, y en este ámbito encontramos otra ocasión para constatar diferencias entre un historiador y otro. En el prefacio de su obra, Livio hace una declaración de principios en la que descubre las dudas que le suscita lo relativo a los orígenes de Roma, en especial todo aquello que se suponía que sucedió con anterioridad a la fundación de la ciudad e incluso durante este mismo hecho. De nuevo advierte sobre lo inseguro de la historia más antigua de Roma en el primer capítulo del libro VI, que se inicia con el relato de los acontecimientos que siguen a la invasión de los galos en el año 386 a. C., pues afirma que tal incertidumbre no se deriva tanto de la antigüedad de tales sucesos sino sobre todo de la escasez de documentos escritos, en alusión sin duda al siglo V a. C., pero también y especialmente a la época monárquica. Esta ausencia de información directa obliga a Livio a ofrecer una narración escueta sobre la monarquía en la que subyace un espíritu no exento de crítica, que no se manifiesta claramente, rechazando los hechos que no le parecen históricos y adoptando más bien una actitud de protesta callada. Así, prefiere los silencios a las discrepancias abiertas, elude las discusiones y opta con frecuencia por la versión más racionalista, aunque no siempre fuese lo suficientemente apropiada para la dignidad de Roma. Dionisio por el contrario aparece más apegado a sus fuentes y en general se muestra menos crítico que Livio, salvo naturalmente en todas aquellas cuestiones que puedan afectar al objetivo fundamental que persigue: demostrar los orígenes griegos de Roma.

Como subraya E. Gabba, esta dependencia explica en gran medida la mayor extensión de su relato, pues incorpora gran parte del material analítico que utiliza, ampliándolo incluso con aportaciones procedentes de autores griegos, al tiempo que a través de su obra se puede descubrir, mejor que en ninguna otra, las características de la analística romana tardía y los intereses políticos e ideológicos que esta última trasladó a la Roma primitiva, como en seguida veremos.

1.1.2. La historiografía analística

Así pues, tanto Livio como Dionisio son herederos directos de la historiografía romana republicana, en cuyas obras encontraron ya organizada la narración histórica sobre la Roma primitiva. Esta historiografía se conoce con el nombre de analística y a sus historiadores con el de analistas, denominación que surge por la forma de estructurar sus obras, en las que por lo general los acontecimientos se narran por años según una concepción del pasado acorde con la propia constitución republicana, es decir, conforme al ritmo anual de la magistratura suprema. La historia literaria nace en Roma en fecha relativamente avanzada, a finales del siglo III a. C., probablemente como reacción frente a los historiadores griegos procartagineses durante la segunda guerra púnica. Por esta razón, los primeros analistas escriben en lengua griega, pues su obra va dirigida sobre todo a un público internacional con un fin propagandístico, que no es otro que limpiar la imagen de ciudad "bárbara" que sus enemigos prestaban a Roma. La serie de los analistas se inicia con Fabio Pictor, el primer historiador romano, seguido poco después por Cincio Alimento, Postumio Albino, C. Acilio y otros; de todos ellos, que escribieron una historia de Roma desde sus orígenes, quedan muy pocos fragmentos, salvo quizá de Fabio, quien poco antes del año 200 a. C. publicó su obra con un carácter ciertamente apologético y aplicando métodos griegos.

Dentro de este primitivo panorama historiográfico cabe destacar dos excepciones de singular importancia, un historiador, Catón, y un poeta, Ennio, ambos de la primera mitad del siglo II. La obra histórica de Catón se conoce con el título de *Origines* y está redactada en latín, siendo ésta la primera vez que se utiliza en prosa la lengua latina. En ella Catón rompe la monotonía del relato analítico y amplía el horizonte de la historia romana incluyendo el mundo itálico, del que proporciona abundante información; además Catón une las tradiciones que le llegan a datos positivos de carácter etnográfico y geográfico, proporcionando a su obra unas perspectivas hasta entonces desconocidas. Por su parte, Ennio escribió una composición épica que significativamente lleva por título *Annales* y que consiste en una crónica versificada de la historia de Roma desde Eneas hasta las guerras púnicas. Aunque de carácter poético, esta obra tuvo gran repercusión historiográfica, denunciando a la vez cómo la primitiva poesía latina se fijó en la historia más antigua de Roma como fuente de inspiración, llevando por tanto un camino paralelo al de los escritos propiamente históricos. No muy diferente es el panorama que encontramos en el antecesor de Ennio, el campano Nevio, quien redactó su poema *Bellum punicum* centrado en las guerras púnicas, pero que se eleva a los orígenes de la ciudad y establece la causa primera de la enemistad entre Roma y Cartago en el desaire que Eneas hizo a la reina Dido al rechazar sus propuestas amorosas.

La segunda mitad del siglo II a. C. y comienzos del siguiente asiste al desarrollo de la llamada analística media o primera analística, de la cual forman parte entre otros Casio Hémina, Calpurnio Pisón, Cn. Gelio, Sempronio Tuditano, C. Fannio, Celio Antipater y Sempronio Aselio. Excepto los dos últimos, los restantes se caracterizan en general por perseverar en un encadenamiento analístico riguroso, adornado con un estilo bastante adusto, lo que provocó las críticas de Cicerón, quien no les tenía por escritores sino por simples cronistas (*narratores*). Una tercera fase en la historiografía republicana está representada por la analística moderna o segunda analística, fechada en la primera mitad del siglo I a. C. Sus componentes más significativos son Rutilio Rufo, Sisenna, Claudio Cuadrigario, Valerio Antias, Licinio Macer y Elio Tuberón. Se cree que estos autores tenían una preferencia mayor que sus antecesores por la historia más antigua de Roma, de manera que habría sido entonces cuando muchas tradiciones sobre los orígenes alcanzaron su forma definitiva. Es más probable sin embargo, como sugiere T. J. Cornell, que estos últimos ampliaran, dándoles una apariencia literaria más adecuada, los relatos de los historiadores de las fases anteriores, convirtiéndose por ello en auténticos escritores, aunque también es cierto que en muchos casos incrementaron sus conocimientos mediante la utilización de nuevas fuentes de información, como esos *libri lintei* consultados por Licinio Macer en el templo de Juno Moneta.

Los fragmentos conservados de los analistas son muy escasos. Esto quiere decir que fueron olvidados con cierta rapidez, pues al ser ampliamente superados por Livio y Dionisio, en posesión de un concepto de la Historia mucho más desarrollado, el interés en época imperial por la Roma más antigua se saciaba a través de estos dos últimos autores. Durante el Imperio se recurría a los analistas en muy contadas ocasiones, para la redacción de algunos escritos monográficos de carácter histórico, como las biografías de Plutarco, y sobre todo tratados gramáticos o de anticuario en general. Las obras propiamente históricas se nutrían casi exclusivamente de Livio y de Dionisio, el primero en lengua latina y el segundo en la griega, de forma que si Livio es fuente fundamental para Floro, Eutropio y Orosio, a su vez Dionisio lo es para Dion Casio. Esta situación se debe en gran parte a que los analistas no eran auténticos investigadores, sino que todos ellos proporcionaban relatos muy similares al reflejar una historia canónica, aceptada por todos y convertida en "oficial". Hasta donde puede saberse, las diferencias entre ellos eran sobre todo de detalle, bien por la posibilidad de optar entre diferentes versiones sobre hechos y personajes legendarios, o bien por interés familiar o ideológico. En este último aspecto, los analistas de la fase más reciente, aquellos que se supone más influyeron sobre Livio y Dionisio, interpretan un papel muy destacado. Por una parte, está claro que algunos analistas como Licinio Macer y Valerio Antias exageraban notablemente la par-

ticipación en la vida política de los antepasados de su respectiva *gens*, otorgándoles un protagonismo a veces excesivo en la historia de la ciudad. Pero asimismo existía una tendencia manifiesta a trasladar al pasado ideas y situaciones de su propio tiempo, con el fin de justificar determinadas actuaciones. Así los analistas de la época de los Graco situaban en el contexto de la lucha patricio-plebeya hechos propios del conflicto entre las facciones de la *nobilitas* bajorrepublicana, mientras que la implicación política de los analistas más recientes encuentra un perfecto reflejo en las diferentes apreciaciones de la figura de Rómulo. La propaganda de Sila forjó una imagen del fundador paralela a la de este dictador, que frecuentemente se presentaba como un nuevo Rómulo, lo que provocó que sus oponentes convirtieran a este último en un tirano, como se aprecia perfectamente en los fragmentos conocidos de Licinio Macer, partidario de Mario y furibundo antisilano.

1.1.3. Fuentes de los analistas

¿Cómo se forjó ese relato canónico sobre la Roma arcaica?, ¿cuáles fueron las fuentes que inspiraron a los primeros analistas? En honor a la verdad, no existen respuestas por completo satisfactorias a estas preguntas. Los autores antiguos esporádicamente dejan caer alguna señal, pero en el fondo reconocían que la oscuridad era la nota dominante. Dentro de la lógica del momento, podemos suponer que las posibilidades de información eran variadas, pero muy inseguras en su mayor parte, incrementándose la incertidumbre conforme nos elevamos en el tiempo. Por diferentes indicios, es posible identificar algunas de estas fuentes, pero de importancia muy desigual y no siempre aplicables en similar medida a la época monárquica y a la altorrepublicana.

Ante todo destacan las tradiciones orales, basadas en la extraordinaria fuerza de esta forma de transmisión, característica de sociedades iletradas o en las que la escritura se utiliza en círculos muy reducidos y sin un propósito literario. Junto a los relatos populares sobre acontecimientos de cierta importancia, en este grupo se encuentran también las tradiciones gentilicias, en estrecha relación con el carácter aristocrático de la sociedad republicana. Hay que tener presente que los primeros analistas pertenecían a familias nobles, de forma que podían incorporar a sus escritos recuerdos obtenidos de su propia familia o de otras próximas. Los nobles romanos conservaban una vigorosa tradición oral sobre sus antepasados, consecuencia de una necesidad social e ideológica de vincularse a las hazañas de los ancestros como justificación del poder político que disfrutaban, pues en definitiva éste les llega por linaje. La tradición familiar se manifiesta en dos ámbitos principales, el funerario y el simposiaco. El primero se plasma en los *elogia* pronunciados en el contexto de la *oratio funebris*, costumbre muy enraizada en la sociedad romana y que servía de motivo para exaltar las hazañas del difun-

to y de sus antepasados. Esta práctica estaba directamente vinculada al *ius imaginum*, esto es, el derecho de las familias aristocráticas a mostrar las imágenes de sus mayores en ocasión del funeral de uno de sus miembros. A este respecto, dice Polibio:

El que pronuncia el discurso por el hombre que está a punto de ser enterrado, cuando ha terminado de hablar sobre éste, rememora los éxitos y las proezas de todos aquellos cuyas imágenes están presentes, comenzando por el más antiguo (6.54.1).

A nadie se le escapa que esta práctica se presta fácilmente a la falsificación, algo que no desconocían los propios antiguos como Cicerón y Livio, pues en palabras de este último, "las familias se esfuerzan con mendacidad por apropiarse de victorias y magistraturas" (8.40.4), lo que suscitaba graves confusiones a la hora de recordar los acontecimientos. Por tanto las posibilidades de información verídica a partir de las tradiciones gentilicias son muy limitadas y naturalmente menos fiables conforme se refieran a tiempos cada vez más antiguos. Así las cosas, los recuerdos que las grandes familias romanas podían conservar sobre la época monárquica debían ser muy tenues y más fantásticos que reales, si bien nunca se debe descartar la existencia de un núcleo de verdad. Sirva como ejemplo los llamados *elogia Tarquiniensia*, unas inscripciones del siglo I d. C. encontradas en el foro de Tarquinia y que mencionan hazañas de miembros de la familia etrusca de los Spurrina que probablemente se elevan a las postrimerías del siglo VI a. C. y comienzos del siguiente, cuyo contenido se adapta perfectamente a lo que por otras fuentes se conoce de la época.

En cuanto al ámbito simposíaco, las tradiciones gentilicias se expresaban en los *carmina convivalia*, canciones de mesa recitadas en los banquetes aristocráticos, en las que se glorificaban a los hombres ilustres y cuyo origen se situaba en tiempos del rey Numa. Catón se refiere a ellas como una costumbre de los antepasados, ya desaparecida en su época (siglo II a. C.). La importancia de las canciones de banquete como fuente histórica es muy difícil de precisar. Ya a comienzos del siglo XIX, B. G. Niebuhr las consideraba reflejo de una épica histórica y popular que habría servido de base para el relato sobre la época de los reyes, opinión que ya tuvo fuertes críticas por parte de Th. Mommsen y que en la actualidad se tienen como "fantasías románticas" (J. Poucet). Existen dudas sobre la fiabilidad del testimonio de Catón, en el sentido que quizá atribuiría a los antiguos romanos costumbres de la aristocracia ateniense del siglo VI a. C. Desde luego en la Roma arcaica se conocía y practicaba el *symposion*, pero no es menos cierto que la aristocracia republicana tenía un carácter austero y poco acorde con el boato de estas ceremonias arcaicas.

En segundo lugar hay que considerar los documentos oficiales, que para la época monárquica de hecho se reducen a los de procedencia sacerdotal. Con esto entramos en una de las cuestiones más espinosas acerca de la historiografía romana, a saber, la recopilación de carácter histórico realizada por los pontífices y conocida comúnmente con el nombre de *Annales maximi*. Existen al respecto problemas muy serios de interpretación, pues los antiguos proporcionan una información poco precisa y contradictoria, resultando en consecuencia muy difícil evaluar su exacta incidencia para la Roma arcaica. El punto de partida de la historiografía pontifical es la *tabula dealbata*. Se trata de una tabla blanqueada que anualmente se exponía en la pared de la residencia oficial del pontífice máximo y que contenía información muy puntual sobre los acontecimientos ocurridos ese año: elección de los magistrados, cambios institucionales, consagración de templos, guerras, epidemias, hambres, prodigios, etc. Según una parte de la investigación, ante la imposibilidad de archivar las *tabulae*, su contenido se trasladaba a un soporte más cómodo (*liber annalis, libri annales pontificum maximorum*), formándose de esta manera una colección histórica continua, que se enriquecía con las sucesivas aportaciones de la *tabula*. En un momento determinado, a finales de la República –para los más el pontificado de P. Mucio Escévola ca. 123 a. C., para otros (B. W. Frier, C. Letta) finales del siglo I a. C.– se procedió a la publicación definitiva de toda esa información, apareciendo los *Annales maximi* estructurados en 80 libros. Tampoco existe acuerdo sobre cuándo se inició la costumbre de redactar la *tabula*, si en los comienzos de la República o en el año 400 a. C., aunque parece asumido que nunca en época monárquica. Sin embargo, los *Annales maximi* narraban también la historia de los reyes, si bien tal relato fue redactado según los criterios de la historiografía analítica y en un momento muy avanzado, quizá en el siglo I a. C. Pero si no de los *Annales*, sí era posible obtener información válida sobre la época monárquica a partir de otras fuentes sacerdotales, como los *Commentarii Augurum* o los *Commentarii Pontificum*, escritos que se centraban en cuestiones sacras relativas a la actividad de los colegios de los augures y de los pontífices, pero que asimismo contenían datos muy útiles desde el punto de vista histórico.

Un carácter público tienen también los monumentos e inscripciones que fueron erigidos por los reyes. Como veremos en su momento, la Roma del siglo VI gozaba de un nivel de urbanización bastante avanzado, algo de lo que los autores antiguos eran conscientes, como se observa en el relato sobre los tres últimos reyes, y que la arqueología en ningún momento desmiente. Sin duda alguna, todos estos monumentos debieron despertar la imaginación y el recuerdo de los romanos de épocas posteriores, cuando nacieron las primeras preocupaciones historiográficas. Ahora bien, es éste un aspecto que debe manejarse con cuidado, pues no siempre fue utilizado de forma

consecuente. Así, C. Ampolo ha señalado la fantástica interpretación que los analistas hicieron de la inscripción del *lapis niger* y del monumento en el que se encontraba, que en nada coincide con lo que dice el epígrafe. Sin embargo, no es menos cierto que Polibio nos ha transmitido un texto del primer tratado romano-cartaginés, fechado en el año 509 a. C., que responde por completo a la realidad histórica.

También las fuentes literarias extranjeras interpretan su papel en la formación del relato analítico, tanto si proceden del ámbito griego como del etrusco. Pero se trata de informaciones de valor desigual y no de carácter general, pues normalmente se refieren a las relaciones de esos pueblos con Roma. Con razón afirma E. Gabba que los primeros analistas disponían de noticias griegas sobre la Roma de los reyes en mayor cantidad que para el siglo V. Y en efecto, ya desde una época relativamente antigua, Roma pasó a formar parte del universo histórico-legendario de los griegos, quienes en un primer momento parecen especialmente interesados por los orígenes de la ciudad, como veremos inmediatamente. Este interés fue creciendo en los siglos sucesivos, conforme se intensificaba la presencia de Roma en Italia y en general en el Mediterráneo, lo cual favoreció un contacto cada vez más estrecho con el mundo griego. Fueron sobre todo los historiadores griegos occidentales los que más se preocuparon por Roma, destacando al respecto Timeo de Tauromenion († ca. 260 a. C.), autor de una historia que englobaba a los pueblos de Occidente y de una monografía dedicada a la guerra de Pirro. Es una opinión muy extendida considerar la pérdida de la obra de Timeo como una auténtica calamidad para la investigación sobre los orígenes de Roma, puesto que, se supone, contendría noticias muy valiosas procedentes de diferentes círculos historiográficos griegos, además de la información que el propio Timeo obtuvo durante su estancia en el Lacio. Pero no conviene exagerar, pues si bien Timeo fue quizá el gran historiador griego de Occidente, sus ideas sobre la Roma arcaica no debieron gozar de mucho crédito en la Antigüedad, a juzgar por los escasos fragmentos transmitidos sobre el particular y las críticas que acerca de los mismos le dirigen historiadores posteriores, especialmente Polibio y en menor medida Dionisio. De todas maneras, no debemos creer que los historiadores griegos de los siglos IV y III a. C. escribiesen *in extensis* sobre Roma, sino que su interés se centraba preferentemente, como ya se ha dicho, en la fundación de la ciudad y en la historia contemporánea. Aun así, se pueden encontrar noticias sueltas relativas a algunos reyes romanos o a determinados episodios históricos, como sucede con la célebre "crónica cumana" (en Dionisio, 7.3.11), que proporciona una interesante visión sobre la época de transición en Roma de la Monarquía a la República.

Junto a las fuentes griegas hay que situar las de procedencia etrusca, de gran importancia pero de muy difícil identificación. El relato tradicional sobre

los tres últimos reyes presenta un fuerte colorido etrusco, lo cual no siempre significa que la fuente sea etrusca, sino sobre todo el recuerdo de una situación real. Roma mantuvo siempre contactos muy estrechos con las ciudades de la Etruria meridional, de donde recibió numerosas y profundas influencias. Los etruscos tenían también una literatura histórica, de la que por desgracia apenas quedan restos y en la que las referencias a Roma tenían que ser continuas. Esta historiografía llegó a conocimiento de los romanos en época bastante temprana, puesto que Livio afirma que los nobles romanos tenían la costumbre de enviar a sus hijos a estudiar a Caere, donde aprendían la lengua y la cultura etruscas. Este hecho tiene su importancia, pues coincide con una época (siglo IV a. C.) de gran trascendencia en la formación de las tradiciones sobre la Roma arcaica. Es por tanto muy probable que los primeros analistas conocieran con facilidad tradiciones sobre Roma forjadas en Etruria. Otro momento de interés es el siglo I a. C., cuando la cultura romana vive una situación de efervescencia etruscológica, manifestada entre otras cosas en la traducción al latín de diversas obras de la literatura etrusca, incluidas naturalmente algunas de carácter histórico, como unas *Tuscae historiae* mencionadas por Varrón. Todo ello favoreció la redacción en lenguas más conocidas, como el latín y el griego, de obras de asunto etrusco, tales como las *Res Etruriae* de Verrio Flaco o las *Tyrrhenika* del emperador Claudio, sin contar esa historia de los etruscos que Dionisio promete escribir. Pero las noticias sobre Roma que llegan en esta segunda tanda parece que no entraron en el relato analítico, puesto que éste ya estaba formado, sino que su utilización quedó relegada sobre todo al ámbito de los anticuarios. El propio Claudio lo expone de manera muy clara a propósito del origen del rey Servio Tulio, al contraponer lo que dicen los autores latinos con los etruscos, resultando dos versiones por completo diferentes, siendo la etrusca la que ofrece mayores visos de historicidad, como comprobaremos en un próximo capítulo.

1.1.4. Valor de las fuentes literarias

La actitud de los investigadores modernos ante el relato tradicional sobre los orígenes de Roma oscila permanentemente entre dos posiciones contrarias: aceptación o rechazo. Surgen así dos tendencias, a cuyos partícipes se les ha dado en llamar "tradicionalistas" e "hipercríticos", o mejor, como sugiere J. Poucet, "creyentes" y "agnósticos". Consideradas en sus extremos, ambas posturas son de entrada igualmente rechazables, pues o bien se incurre en un estado de ingenuidad por completo inadmisibles, o por el contrario se renuncia a una comprensión del problema en toda su magnitud.

Los primeros aceptan de forma implícita los datos de la tradición siempre y cuando no se demuestre que sean falsos y, como es natural, no dudan en

atraer hacia sus posiciones documentos arqueológicos de difícil interpretación pero que pueden ofrecer cierta relación con lo que dice la tradición. En los últimos años se ha asistido a dos de estos casos, referentes ambos al relato sobre Rómulo. El primero se basa en las excavaciones dirigidas por A. Carandini en la ladera septentrional del Palatino, en Roma, que han puesto al descubierto un muro cuya fase más antigua se fecha en el tercer cuarto del siglo VIII a. C.: inmediatamente ha sido interpretado como resto de la muralla de Rómulo y por tanto evidencia clara de la fundación de Roma sobre el Palatino tal y como narra la tradición. En segundo lugar tenemos una inscripción que parece griega sobre un vaso procedente de la necrópolis de Osteria dell'Osa, en la antigua Gabii, datado en la primera mitad del siglo VIII, lo cual confirmaría la leyenda sobre la educación griega recibida por Rómulo y Remo en la ciudad latina de Gabii, así como la cultura helenizante de esta localidad. Pero tanto en un caso como en otro, las cosas no son tan sencillas.

Por su parte, los agnósticos hacen un planteamiento a la inversa: el relato tradicional no puede ser tenido por histórico si no se desmuestra mediante vías externas al mismo. En opinión de los defensores de esta corriente, al aplicar a la tradición los criterios del método histórico, no se encuentra en ella elemento alguno que avale su consideración como historia auténtica, al menos en lo relativo a los cuatro primeros reyes de Roma (Rómulo, Numa Pompilio, Tulo Hostilio y Anco Marcio), situación que cambia en un sentido ligeramente positivo a partir del primero de los Tarquinios. Ciertamente no faltan motivos para adoptar una postura como ésta. Según acabamos de ver, entre los primeros analistas y los hechos que narran existe un largo espacio de tiempo que no se salva con un eficaz soporte documental, pues las fuentes que les inspiraron distan mucho de ser seguras. Además, y esto va especialmente dirigido a los historiadores de la segunda analística en el siglo I a. C., el texto recibido fue ampliado con todo tipo de recursos, como el embellecimiento puramente retórico, los anacronismos, las preocupaciones etiológicas, etc. Sin duda alguna, todo esto merma la confianza que nos merece la narración tradicional.

Para una exacta valoración de la tradición literaria es necesario tener presente las fundadas objeciones de los agnósticos, pero ya no tanto elevarlas a una categoría absoluta. La precaución como norma debe sustituir al escepticismo total. Una confirmación del relato tradicional por vía externa, sobre todo arqueológica, no siempre es posible, puesto que en numerosos aspectos ambas fuentes de información siguen caminos diferentes, con objetivos individualizados. Las investigaciones arqueológicas muy difícilmente podrán confirmar —o negar— la historicidad de la reforma sacerdotal de Numa o la llegada de Tarquinio a Roma, por poner sólo dos ejemplos. Pero quizá más importante es que en aquellos casos en que existe la posibilidad, los datos proporcionados por la arqueología apuntan en el mismo sentido que la tra-

dición, o en todo caso no desmientan lo que dice esta última. En otras palabras, desde el punto de vista metodológico es mucho más rentable la convergencia de datos que no su confirmación. Por otra parte, si nos fijamos en las críticas de los agnósticos hacia el relato de los antiguos, la mayor parte de las mismas se alimentan en la figura y la gesta de Rómulo, personaje que, como veremos, no puede ser tenido por histórico y cuyos hechos responden principalmente a criterios ideológicos e historiográficos. No todo debe juzgarse utilizando idénticos parámetros.

Si la tradición sobre la Roma monárquica estaba ya formada, o al menos definida en sus puntos esenciales, con los primeros analistas, puede surgir la tentación de cargar sobre Fabio Pictor, como primer historiador romano, la responsabilidad de su autoría. Así lo planteaba A. Alföldi en una célebre monografía publicada en 1965, donde dibujaba a Fabio como un historiador sin escrúpulos, que ideó toda la historia de la Roma primitiva de forma por completo arbitraria, en función de sus intereses personales y familiares, pues al carecer de predecesores, las posibilidades de invención eran casi ilimitadas. Pero verdaderamente no hay razones de peso para afirmaciones de este tipo, como en su momento ya objetaron a Alföldi sus críticos, pues el hecho de que Fabio fuese el primer historiador no implica por fuerza que pudiera escribir lo que quisiera.

Con razón afirma T. J. Cornell que no tiene sentido pensar que en Roma no hubo la más mínima preocupación por el pasado de la ciudad hasta el año 200 a. C. Sin duda alguna, en la Roma del siglo III, e incluso con anterioridad, circulaban tradiciones ya asentadas que trataban sobre la historia de la ciudad, al menos en sus puntos básicos, y así puede explicarse que tanto Fabio Pictor como sus inmediatos seguidores, excepto Catón, escribiesen en griego y no en latín: la justificación para no ofrecer a sus compatriotas sus escritos sobre la historia de Roma era muy probablemente el que éstos ya la conocían. Y desde luego se dispone de pruebas que certifican que determinados elementos de la tradición se encontraban ya definitivamente fijados mucho antes de Fabio Pictor. Así, y como veremos en capítulos sucesivos, la leyenda troyana estaba admitida en Lavinium y en Roma al menos en la primera mitad del siglo III; aquella otra relativa a los gemelos Rómulo y Remo, se encuentra en representaciones iconográficas de finales del siglo IV y comienzos del siguiente; la relación del rey Servio Tulio con la diosa Fortuna está documentada en una *sors* de Fiesole fechada en el siglo III. Por otra parte, los historiadores griegos que escribieron sobre Roma en los siglos IV y III a. C., como Teofrasto, Jerónimo de Cardia o Timeo, difícilmente hubieran podido hacerlo sin contar con datos romanos (recuérdese por ejemplo el fragmento de Timeo sobre Servio Tulio).

No sería aventurado pensar que la tradición sobre la Roma monárquica se estuviese ya formando en la segunda mitad del siglo IV, si bien no recibió

una apariencia literaria hasta las postrimerías del siglo III. Esta sugerencia cronológica no es un capricho, sino que una serie de hechos da pie a tal propuesta. Fue en el siglo IV cuando Roma se integró definitivamente en un contexto internacional, anudando estrechas relaciones con el mundo griego. Éstas se traducen no sólo en el campo económico y social, donde se producen cambios muy profundos que alteran notablemente las tradicionales estructuras romanas, sino también en el cultural e ideológico. Roma vive en esa época momentos de gran efervescencia cultural. Tras los primeros balbuceos del teatro romano, que Livio (7.2.4-13) data en el año 364 a partir de la influencia etrusca, los decenios finales del siglo IV e iniciales del III asisten a fuertes impulsos en el desarrollo cultural: sirvan como ejemplos el nacimiento de una pintura y una escultura propiamente romanas, la primera además con un decidido carácter histórico en sus más antiguas manifestaciones; la aparición del primer auténtico literato romano en la persona de Ap. Claudio Caeco, censor en el 312; una importante extensión del derecho con la publicación de las fórmulas orales relativas a la *legis actio* por parte de Flavio, etc. Todo ello parece indicar que nos encontramos en un momento muy propicio para que los romanos se pregunten ya con cierta insistencia sobre su pasado, dando por buenos ciertos principios griegos —como la idea del fundador— y a la vez escarbando en su propia memoria.

Esta tradición histórica se asienta sin duda sobre recuerdos verdaderos, aunque no sistematizados según una secuencia diacrónica. Debían centrarse en acontecimientos de señalada importancia, lo suficientemente significativos para haber permanecido vivos en la memoria colectiva y capaces por tanto de proporcionar un esqueleto sobre el que a continuación intervienen las inquietudes de los analistas. Estos completan su formación a partir de datos procedentes de fuentes más concretas, cuya fiabilidad depende del informador: tradiciones gentilicias, documentos sacerdotales, narraciones extranjeras, etc. Sobre este conjunto así ampliado, se ejercen luego operaciones muy diversas determinadas por el interés de cada analista, como la amplificación narrativa, la manipulación ideológica, la preocupación etiológica, etc. Será en consecuencia obligación del investigador despojar al relato tradicional de todos estos aditamentos, que sólo sirven para conocer la mentalidad de la sociedad que los creó, y recuperar el núcleo de verdad histórica que subyace en el mismo.

1.2. La documentación arqueológica y epigráfica

A la vista de la situación en que se encuentran las fuentes literarias, la arqueología pasa pues a ocupar un lugar de excepción en nuestros conocimientos sobre los orígenes de Roma. Los datos obtenidos por esta vía son

de hecho los únicos testimonios directos disponibles sobre la protohistoria latina y romana, susceptibles por tanto de proporcionar una información viva sobre los más variados aspectos relativos a los primitivos romanos. Además, la arqueología es asimismo el único medio capaz de aumentar la documentación disponible, bien sea mediante la recuperación de aquellos elementos de la cultura material que constituyen el objeto mismo de la arqueología en sus diversas técnicas y métodos, bien porque a través de ella es posible adquirir nuevos testimonios escritos en forma de inscripciones. Esto es sin duda alguna enormemente ventajoso, pues permite incrementar los datos y sentar bases más firmes para la investigación. Pero tiene también su lado oscuro, pues en su aplicación concreta a los orígenes de Roma, la arqueología demuestra la movilidad de nuestros conocimientos, de forma que lo que hoy se tiene por cierto, mañana y a la luz de nuevos hallazgos puede ser desechado como falso. Por tanto, toda la labor de interpretación y de reconstrucción históricas han de ir marcadas con el sello de la provisionalidad. La historia de la arqueología en Roma y en el Lacio, con sus continuos vaivenes según las modas y las tendencias del momento, es buena prueba de todo ello.

1.2.1. La arqueología en Roma y en el Lacio

Las modernas excavaciones en Roma comienzan con la conversión de la ciudad en la capital del recién creado Estado italiano tras la unificación de 1870. La actividad que se desarrolló por entonces fue tan intensa e ilusionante que en pocos años vieron la luz señeras publicaciones periódicas todavía en vigor: *Notizie degli Scavi di Antichità* (1871), *Bullettino della Commissione Archeologica Comunale di Roma* (1872) y *Bollettino di Paleontologia Italiana* (1875), esta última creada por L. Pigorini, fundador de la prehistoria científica en Italia. Por lo que se refiere a la arqueología protohistórica y arcaica, es decir, aquella relativa a los orígenes de Roma, comenzó a dar frutos por esos mismos años, impulsada en gran medida por un doble motivo, consecuencia siempre de la recién adquirida capitalidad. Por un lado, el ensanche urbanístico, algo común en las ciudades europeas del último tercio del siglo XIX y que en Roma respondía a la necesidad de albergar a la nueva población que debía instalarse en la ciudad. Esta empresa se realizó sobre la meseta del Esquilino, sede entre otras cosas de una riquísima necrópolis perteneciente a la cultura protohistórica lacial, que en parte fue recuperada. Por otro lado, se plantea la necesidad de integrar en la ciudad su centro histórico, esto es el Foro, que fue objeto de intensas investigaciones arqueológicas. Al frente de estas últimas fue situado G. Boni, quien ofreció al mundo científico espectaculares hallazgos, como la célebre inscripción del *lapis niger*, la más antigua de Roma redactada en latín, descubierta en 1899, y tres años más tarde vio la luz el "sepulcreto" junto al templo de Antonino y Faustina, una pequeña necrópolis con restos de las primeras fases laciales.

Estos descubrimientos, completados con otros realizados en los años sucesivos tanto en Roma como en el Lacio (en 1907 aparecieron fondos de cabañas en el Palatino romano), suscitaron reacciones que en general significaron una vuelta a la tradición y la espalda a aquellas tendencias que, originadas en la Alemania del siglo XIX y que en Italia tenían una autorizada opinión en E. Pais, se manifestaban muy críticas hacia el relato tradicional. En otras palabras, los hallazgos arqueológicos venían a confirmar la tradición, y no sólo la existencia de los diferentes reyes e incluso de Rómulo, cuyos hechos no eran ya considerados una mera invención de los antiguos, sino que también Evandro y sus arcadios o Eneas y sus troyanos podían ser aprehendidos a través del material arqueológico. A pesar de algunas voces más propensas a la crítica, como la de G. de Sanctis, puede decirse que el primer tercio del siglo XX asiste a un triunfo casi total de las tendencias tradicionalistas, que basadas no sólo en la arqueología, sino también en los avances de la lingüística, **proponían una** visión de los orígenes de Roma en la que nada de lo que **dicen los antiguos** por fuerza ha de quedar fuera. Aquí se incluía también **ese pasado más legendario**, en el que junto a figuras de la mitología griega, como los mencionados Evandro y Eneas, desfilan pueblos de origen peninsular, históricos o no (aborígenes, ligures o sículos), pero que en todo caso tienen su papel en la reconstrucción de la prehistoria mítica del Lacio que encontramos en el relato de los antiguos.

Las excavaciones arqueológicas prosiguieron tras el término de la segunda guerra mundial, con mayor intensidad que antes y naturalmente utilizando técnicas más avanzadas. El material recuperado y los conocimientos que se obtienen de su análisis convierten a la arqueología en la fuente principal para el estudio de los orígenes de Roma. Esta situación de predominio se aprecia perfectamente en los dos grandes monumentos de la arqueología romana de **la segunda mitad de este siglo**, la célebre obra *Early Rome* del sueco E. Gjerstad y las monografías sobre la Roma primitiva del alemán H. Müller-Karpe, **dos autores que utilizando los mismos materiales** llegan sin embargo a conclusiones por completo diferentes. Las excavaciones se llevan a cabo fundamentalmente **en el centro histórico**, esto es, el valle del Foro y el Palatino, pero ya comienzan a **extenderse sobre** otras áreas llamadas a proporcionar interesante información, **como aquella** situada junto a la iglesia de Sant'Omobono **en el Foro Boario**. A pesar de las dificultades que entraña realizar este tipo de **investigación en una ciudad** con una historia tan viva y dinámica como Roma, **los descubrimientos no cesan**, como lo demuestran los recientes y excepcionales hallazgos resultantes de las excavaciones de A. Carandini en la vertiente septentrional del Palatino. Por tanto, debemos permanecer continuamente expectantes a qué nuevas sorpresas nos deparará el futuro.

Pero no sólo Roma, sino que toda la región latina se ha visto beneficiada de este afán arqueológico. Aunque con antecedentes que se elevan a finales

del siglo XIX, el gran avance de la arqueología lacial se ha producido sin duda en fecha reciente, a partir de la década de los setenta. Las expectativas que despertó esta actividad propiciaron que ya en 1976 se celebrase en Roma una grandiosa exposición, en la que al tiempo que se mostraban recientes y viejos materiales, se sentaban las bases de una nueva proyección científica para el estudio de la protohistoria latina. Los descubrimientos se realizaron tanto en el solar de las ciudades históricas, como en centros que no llegaron a cuajar un estadio urbano y cuyos nombres antiguos en muchos casos se desconoce. En el primer grupo, junto a los materiales ya conocidos desde hace un siglo y ahora incrementados mediante excavaciones en Praeneste, Velletri, Lanuvium o Ardea, se añaden los magníficos hallazgos procedentes de Satricum, Lavinium y Gabii, mientras que respecto a los centros menores deben destacarse los recientes descubrimientos en La Rustica, Acqua Acetosa Laurentina, Ficana y Castel di Decima, que se añaden a los ya conocidos de antiguo en el área de los Colli Albani y otros lugares. Asimismo conviene señalar, por los frutos que ya proporcionan, las prospecciones de superficie que de acuerdo con las técnicas englobadas en el concepto de arqueología del paisaje se están llevando a cabo en el Lacio en el seno de diversos proyectos. Entre éstos hay que mencionar el aplicado al territorio situado al noreste de Roma y limitado por los ríos Tíber y Aniene, o el "Pontine Region Project" en el área meridional latina, a los que hay que añadir, en su parte correspondiente al Lacio, el proyecto de ámbito italiano *Forma Italiae*.

La principal manifestación arqueológica es la que procede del ámbito funerario. Son las tumbas las que proporcionan mayor información y además de manera más continua, pues se dispone de ejemplos que ininterrumpidamente se extienden desde el siglo X hasta el VI a. C. Las necrópolis presentan un gran interés arqueológico, pues al fin y al cabo el mundo funerario no es sino un reflejo del de los vivos, con la diferencia que el primero se conserva mejor que el segundo. A través de los objetos depositados en la tumba y que forman el ajuar funerario, del tipo de sepultura (pozo, fosa, cámara, etc.) o de la propia disposición topográfica de las tumbas en el interior de la necrópolis, se pueden obtener valiosos datos acerca de la comunidad a la que pertenece, sobre las creencias de sus miembros y ciertas características de la vida económica, social y política. Por otra parte, y dada la cualidad de "depósito cerrado" que ofrece el ajuar, el mundo funerario es asimismo aquel que mejor sirve para la fijación de un esquema cronológico. Más difícil resulta identificar las áreas de habitación, especialmente por lo que se refiere a las fases más antiguas, cuando sólo se utilizaban unas simples cabañas. En algunos casos ha sido posible localizar en la roca original los agujeros en los que se hincaban los postes que sujetaban el armazón, pudiéndose formar una idea sobre los diferentes tipos de cabañas —en general tenían una estructura similar a las que todavía a principios de este siglo utilizaban

los pastores en la Italia central— e incluso sobre la organización de los poblados. Por último, los lugares de culto son conocidos, en sus fases más antiguas, a través de los depósitos votivos, esto es, fosas en las que se echaban objetos de culto ya inservibles y ofrendas entregadas por los devotos, que por su carácter sacro no podían ser libremente destruidas.

En el último tercio del siglo VII a. C. tienen lugar en todo el Lacio cambios muy profundos en la apariencia externa de los poblamientos. Aunque de todo ello se hablará en un capítulo más avanzado, conviene saber desde ahora que en esta época se produce el paso de una arquitectura de cabañas a otra que utiliza la piedra y el ladrillo, por lo que las posibilidades de información arqueológica se incrementan. Sea a través de la estructura arquitectónica de los edificios, de sus elementos decorativos, de su ubicación topográfica, es posible distinguir su carácter sacro o profano, si están destinados al culto, si son construcciones civiles o si por el contrario tienen un destino privado. Todo ello en su conjunto, unido a la presencia de otros elementos como calles, plazas o cloacas, permite apreciar la existencia de unas nuevas condiciones urbanísticas que hablan ya de la presencia de la ciudad. Dentro de este panorama, una posición destacada la ocupan las terracotas arquitectónicas, es decir, aquellos elementos que, fabricados en arcilla, servían para cubrir las partes lúneas de los edificios y también como esculturas acroteriales y tejas terminales, proporcionando por tanto una vistosa decoración. Las terracotas ofrecen un alto valor por su significado iconográfico, ya que en ellas se representan figuras y escenas susceptibles de transmitir un mensaje, reflejando en consecuencia no sólo los niveles culturales en vigor y las influencias externas, sino también el contenido ideológico que subyace en tales representaciones.

Los avances en la actividad arqueológica han proporcionado nuevos e importantes elementos de juicio para comprender mejor el complejo problema de los orígenes de Roma. En primer lugar, muestran que Roma no debe tratarse como un caso independiente, sino que necesariamente ha de ser integrado en el contexto general del Lacio. Roma era una comunidad participante de la cultura lacial, con un panorama arqueológico no muy diferente de lo que se documenta en otros centros latinos contemporáneos. Por tanto, la evolución histórica y cultural que se observa en el Lacio debe ser aplicada asimismo a Roma, que si bien en algunos aspectos muy concretos, pero de no escasa importancia, ofrece una acusada personalidad, esto no es suficiente para aislarla del conjunto latino. De esta forma, se puede disponer de una perspectiva mucho más amplia, más rica desde el punto de vista documental y en consecuencia más integradora. Pero al mismo tiempo, la arqueología enseña la fortaleza de los vínculos culturales que Roma y otros centros latinos mantenían con ambientes extranjeros, tanto peninsulares (culturas protovillanoviana, villanoviana y orientalizable en el norte, "Fossakultur" en el sur), como

ultramarinos, sobre todo de procedencia egea. En este sentido especial importancia revisten las relaciones con la Etruria meridional, cuyos principales centros (Caere, Veyes, Tarquinia) necesariamente presentan estrechos paralelos con Roma, en situación fronteriza entre latinos y etruscos.

Otro importante aspecto donde la arqueología ha contribuido de manera determinante ha sido el cronológico. La primera organización sistemática de los datos arqueológicos obtenidos en las excavaciones romanas fue realizada por G. Pinza, quien publicó los resultados en 1905. Pinza ordenó el material disponible, por lo que se refiere a la época que aquí interesa, en dos grandes períodos, denominados primera y segunda edad del hierro respectivamente, terminología que en cierto sentido todavía se utiliza. La primera corresponde a las fases más antiguas, con una cronología absoluta aproximada entre los años 900 y 700 a. C., mientras que la segunda coincide con las fases orientalizante y arcaica, es decir, hasta finales del siglo VI a. C. Esta periodización estuvo en vigor hasta que en 1956 E. Gjerstad dio a conocer sus conclusiones acerca de la cuestión. Tomando como criterio la evolución de las formas cerámicas, Gjerstad estableció un nuevo esquema cronológico, con unas fechas absolutas precisas, que comprendía las siguientes fases:

- I. (*expansive impasto*): 800-750 a. C.
- II. (*normal impasto*): 750-700 a. C.
- III. (*contracted impasto*): 700-625 a. C.
- IV. (*advanced impasto*): 625-575 a. C.

El sistema de Gjerstad, aplicado poco después por P. G. Gierow al conjunto del Lacio, fue objeto de fuertes críticas, que a su vez sirvieron de motor para la elaboración de nuevas propuestas. Estas últimas siguieron los criterios utilizados por las escuelas protohistóricas centroeuropeas, que tenían en cuenta no sólo la evolución en sí misma de los diferentes objetos, tanto cerámicos como de metal, sino también cómo esos mismos objetos aparecían asociados en las tumbas, permitiendo así la configuración de unas tablas en las que se puede apreciar la evolución cultural. A partir de estos principios, el primero en presentar un nuevo cuadro cronológico fue R. Peroni, quien de momento limitó su análisis a las tumbas romanas, pero fue inmediatamente superado por los trabajos de H. Müller-Karpe, quien al resguardo de la experiencia adquirida con sus estudios de prehistoria centroeuropea fijó las líneas maestras de la cronología lacial. El nuevo esquema queda de la siguiente manera: la fase I ocupa el siglo X; la II se subdivide en "a" y "b", situándose una en la primera mitad del siglo IX y la otra en la segunda mitad; la fase III se desarrolla a lo largo del siglo VIII y la IV en el siglo VII e inicio del siguiente.

Los trabajos posteriores siguieron las pautas marcadas por Müller-Karpe, corrigiendo sus defectos y perfilando las características de cada fase. A

ello contribuyó notablemente el enorme avance llevado a cabo en el ámbito de la arqueología lacial, lo que ha permitido subdividir la última de las fases (IV) en "a" y "b" y establecer una cronología absoluta más perfeccionada. Así las cosas, en los dos últimos decenios se ha adoptado un cuadro que mantiene el esquema de Müller-Karpe, con las correcciones oportunas y las fechas absolutas propuestas por G. Colonna, resultando lo siguiente:

- I. Bronce final: 1000-900 a. C.
- IIa. Inicio edad del hierro: 900-830 a. C.
- IIb. Desarrollo edad del hierro: 830-770 a. C.
- III. Edad del hierro avanzada: 770-730/20 a. C.
- IVa. Orientalizante: 730/20-630/20 a. C.
- IVb. Orientalizante reciente: 630/20-580 a. C.

En los últimos años este esquema ha comenzado a sufrir modificaciones, tanto en la periodización como en la cronología absoluta. El estudio de la necrópolis gubina de Osteria dell'Osa, uno de los hallazgos más importantes en la arqueología lacial, ha propiciado la partición de algunas de las fases anteriores, de manera que, según propone A. M. Bietti Sestieri, convendría distinguir las subfases IIa1, IIa2, IIb1, IIb2, IIIa y IIIb, subdivisión que parece haber encontrado una general aceptación en los círculos de la arqueología protohistórica italiana. Respecto a las fechas absolutas, las técnicas dendrocronológicas aplicadas en el último decenio sobre la cultura de los campos de urnas en la Europa central han provocado el establecimiento de una nueva cronología de las culturas del bronce y del hierro europeas que ya ha comenzado a repercutir en la protohistoria italiana. Los estudios más recientes (R. Peroni, M. Bettelli) tienden a elevar la cronología tradicional, de manera que la fase I se adentra en el segundo milenio, mientras que el inicio de la edad del hierro, identificando con la fase IIa, se situaría hacia el año 1020 a. C., en correspondencia con el período Hallstatt B2; la IIb1 comenzaría en torno al 950 a. C., la IIb2 y la IIIa se extenderían entre el 880 y el 810 a. C. y la IIIb llegaría hasta el 750/40. M. Pacciarelli por su parte rebaja esta cronología fijando los siguientes intervalos: IIa, 960-890; IIb1, 890-850; IIb2-IIIa, 850-780; IIIb, 780-725 a. C. Pero quizá estamos todavía lejos para que estas nuevas perspectivas sobre la periodización y la cronología tengan una incidencia profunda en las condiciones que marcan la interpretación histórica. En la presente obra se utilizará el esquema corregido de Müller-Karpe, aunque tan sólo como marco general de referencia.

1.2.2. Iconografía

En páginas anteriores se resaltaba la importancia de las terracotas arquitectónicas como un elemento susceptible de proporcionar información his-

tórica, pues al tener un carácter público por estar expuestas a la vista de todos, las representaciones que contienen pueden implicar un mensaje o reflejar una ideología. Para el período que nos interesa, el siglo VI a. C., las terracotas se distribuyen en dos fases muy bien diferenciadas. La más antigua se desarrolla a lo largo de la primera mitad del siglo VI, mientras que la más reciente tiene una presencia más intensa entre los años 540-510 a. C. aproximadamente. Los ejemplares conocidos de la primera fase se concentran casi en su totalidad en Roma (Regia, Comicio, Capitolio) y consisten en antifijas con cabeza de Gorgona y lastras de revestimiento con dos motivos principales, por un lado jinete armado y por otro teoría de felinos con presencia de Minotauro y de ave; a esto hay que añadir algunos fragmentos de destino acroterial, entre ellos quizá una estatua sedente, y otros frontales. Los motivos se inspiran en gran parte en el repertorio orientalizante y suelen tener un referente en Etruria, excepto la figura del Minotauro, desconocida en ambientes etruscos y que denota un fuerte rasgo de personalidad de la coroplástica romano-latina (según parece, existe un ejemplar similar en Gabii). En la segunda fase, la decoración de los edificios, realizada según modelos etruscos, es más compleja y variada, al tiempo que se dispone de una documentación más abundante en Roma y en el resto del Lacio. Las antifijas responden a tipos diferentes, algunos de gran calidad artística; las esculturas exentas alcanzan mayor perfección técnica, como se observa en el grupo romano de Hércules y una diosa armada; las lastras de revestimiento, en último lugar, representan varios motivos, como carrera de carros, jinetes armados, procesión con carro, banquete y asamblea.

Los estudios iconográficos están consiguiendo en los últimos tiempos un notable impacto, especialmente en el campo de la etruscología, pero que por influencia de lo etrusco sobre lo latino afectan también a la Roma arcaica. En el núcleo del debate se sitúa el método iconológico. Existen dos modos complementarios de acercarse al estudio de las representaciones artísticas. Por un lado la iconografía, que persigue un fin descriptivo, esto es, analizar el objeto en cuestión en sus aspectos formales: cronología, tipología, modelos, influencias, etc. Pero se hace necesario ir más allá, apareciendo entonces la iconología, forma de estudio que se impone como objetivo los contenidos y argumentos de la representación iconográfica, lo que exige situar el objeto en relación directa con su época, con el resto de la producción artística, incluidas las artes menores, y literaria, en definitiva con el ambiente social y cultural del cual emerge. Este modo de entender el arte surge a partir de los trabajos de E. Panofsky y de la escuela de Warburg sobre el significado de las imágenes. A partir de los mismos se deduce que el arte no es una actividad libre, sino que se encuentra determinada por las influencias políticas y sociales. De ahí la importancia que adquiere el concepto de programa figurativo, que revela la intencionalidad de la obra manifestada tanto en relación

a la función que cumple, como respecto a la ideología de quien ha encargado la obra. Por tanto a través de las imágenes se puede conocer la sociedad que las creó, apareciendo consecuentemente como una fuente de información histórica de primera magnitud.

Cierto es que los estudios sobre iconografía han dado fruto, especialmente en referencia a Etruria, donde la documentación es muy rica. Pero, como en todo, conviene no excederse y dejarse caer ciegamente en los brazos de la iconología. Ésta nos enseña cómo las imágenes pueden convertirse en instrumento del poder, como medio de expresión y propaganda de una determinada ideología. Así, desde los primeros balbuceos del arte figurativo, la iconografía está al servicio de la clase dirigente, que la utiliza para exaltar la figura del noble a través de las funciones que cumple. No es diferente lo que se observa en algunas terracotas arquitectónicas laciales, donde se representan escenas características de la vida aristocrática, como los jinetes armados, carreras de carros, banquetes, etc. Pero no todos los casos se deben interpretar en el mismo sentido, pues en ocasiones los motivos pueden ser simplemente decorativos (probablemente así suceda con las teorías de felinos, propias del estilo orientalizante) o estar en relación, si el edificio en cuestión es un santuario, con la divinidad propietaria del mismo.

Dentro de este panorama cobra especial relieve un aspecto muy señalado: la influencia del mito griego. Se trata de un elemento ciertamente notable en el proceso de aculturación que sufre el mundo etrusco-latino durante las épocas orientalizante y arcaica, como bien puede comprobarse por la multitud de representaciones míticas griegas realizadas por artesanos locales. El problema radica en valorar el grado de aceptación de tales leyendas y de su iconografía en ambiente indígena, lo que ha llevado a posturas encontradas entre los especialistas. Para unos, el mito griego no es representado en estado puro, sino manipulado; el artesano local no participa de la cultura griega, sino que sólo tiene ante sí unos modelos que reelabora sin comprender su significado originario. Otros, por el contrario, proponen interpretar la iconografía indígena a la luz de las fuentes literarias griegas. No se trata entonces de una cuestión de carácter figurativo, sino sobre todo cultural, pues para los últimos el mito griego se perfila como una componente cualificada de la cultura etrusco-latina, mientras que para los primeros sólo tiene un valor ornamental, sin capacidad para evocar nuevos ideales.

Con el desarrollo del método iconológico las perspectivas anteriores se modifican, en el sentido que se rebasa el ámbito cultural para entrar de lleno en una relación entre política y mito: en otras palabras, las imágenes pasan a ser consideradas expresión de las directrices socio-políticas dominantes. Si se vuelve el argumento, se concluye entonces que conociendo el significado de la imagen, se puede saber también qué tendencia política subyace en su creación. A partir de estos presupuestos se ha constituido en la actual

investigación una fuerte corriente de trabajo, según la cual el mito griego constituye un referente insustituible para la exacta interpretación de toda imagen susceptible de transmitir un significado. Así las cosas, el mundo etrusco-latino no sólo admitiría el mito griego en cuanto tal, sino también su contenido ideológico, de forma que la situación o la idea representada en Grecia por un héroe o un mito, se traslada a Italia con el mismo significado.

Si bien el debate ha resultado en general fructífero, el enfrentamiento entre las tendencias opuestas ha provocado en ocasiones agrias e inútiles discusiones, auténticos diálogos de sordos donde el dogmatismo se ha impuesto a la razón. Al enfrentarse al estudio de las épocas arcaicas el radicalismo no es buen consejero, pues los apoyos documentales son tan menudos que nunca serán suficientes para mantener una postura a ultranza. Con razón se ha criticado a los "iconologistas" respecto a que la imagen no es el único medio de expresión de los valores culturales y que sin testimonios literarios contemporáneos, como los que tenía Panofsky en sus estudios sobre el arte renacentista, la interpretación de esa imagen ha de ser muy prudente. Además, tal interpretación ha de estar de acuerdo con el contexto histórico-arqueológico del cual procede la imagen, aspecto que se olvida con frecuencia al estudiarla como un objeto aislado al faltar otros documentos contemporáneos. Desde esta perspectiva, es muy fácil incurrir en excesos.

Donde mejor se aprecia el debate es en referencia al arte etrusco, como antes se avanzaba, pero fácilmente se desplaza hacia el Lacio. Así puede verse en la lastra de la Regia romana en la que aparece un Minotauro (figura 1.1). Inconscientemente esta figura se vincula al héroe griego Teseo, cuya

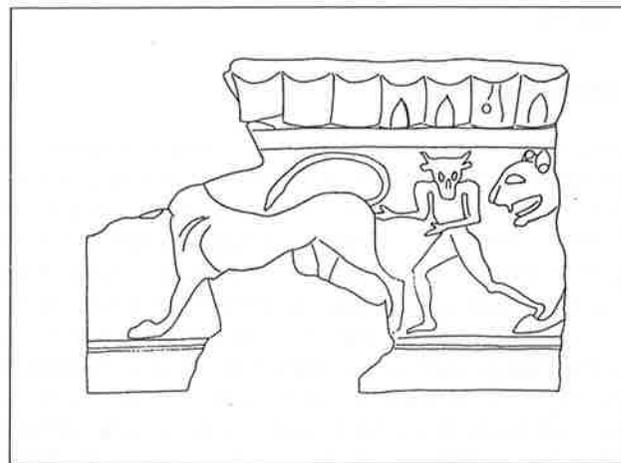


Figura 1.1. Lastra arquitectónica de la tercera fase de la Regia. Roma.

leyenda es alzada a la categoría de mito dinástico y convertida en soporte ideológico de la monarquía romana. El rey de Roma se presentaría entonces ante sus conciudadanos como un nuevo Teseo, quien tras salvar las pruebas iniciáticas del laberinto, accede a la realeza y funda Atenas. Pero esta visión choca con algunas dificultades serias, pues por un lado Teseo no se convierte en fundador de Atenas, como muy pronto, hasta finales del siglo VI a. C., es decir, en fecha muy posterior a esta terracota romana, y por otro no existe en la tradición literaria latina el menor rastro de tal ideología. En consecuencia, otros prefieren por el contrario ver en el Minotauro un "Mischwesen", un ser monstruoso mitad hombre y mitad bestia con funciones apotropaicas.

Pero quizá el caso más elocuente sea el de Hércules/Heracles. Partiendo de un conocido pasaje de Heródoto (1.60) sobre la entrada triunfal de Pisistrato en Atenas (561 a. C.), en la que se escenificó la apoteosis de Heracles, J. Boardman defendía que aquél legitimó su poder identificándose al héroe: éste por tanto pasa a representar la figura del tirano. Inmediatamente la idea fue aplicada a la Italia central, donde la figura de Heracles se había asentado con gran éxito en la segunda mitad del siglo VI a. C., de forma que la identificación del héroe griego conlleva automáticamente la admisión de los ideales tiránicos y el triunfo de tendencias isonómicas. Sin embargo, se aprecia la siguiente paradoja: mientras que para la historia de Grecia la teoría de Boardman fue sometida a debate y entró en crisis, respecto a Italia se ha instalado como un dogma que no admite réplica. De esta forma, allí donde se documenta una representación de Heracles, inmediatamente se habla de la existencia de un gobierno tiránico, ignorando por un lado el carácter multifacético del héroe, y por otro que gran parte de su iconografía se enmarca en un contexto aristocrático, puesto que las hazañas de Heracles se convierten en ideal de la nobleza.

1.2.3. Las fuentes epigráficas

La escritura fue introducida en el Lacio en fecha relativamente temprana, si bien no puede precisarse por el momento con mayor detalle dado que las dos inscripciones supuestamente más antiguas se encuentran bajo sospecha. Ambas proceden de Praeneste y están datadas en el primer tercio del siglo VII a. C. Sobre una de ellas, la célebre fibula, pesan dudas en cuanto a su historicidad, mientras que sobre la segunda, inscrita en un cuenco de plata de la tumba Bernardini, se discute si es etrusca o latina. Los ejemplos siguientes son bastante posteriores, pertenecientes ya al orientalizante reciente a finales del siglo VII. Aun así, y puesto que en la vecina Etruria las inscripciones más antiguas conocidas se elevan a las postrimerías del siglo VIII a. C., es posible que en el Lacio la escritura fuese conocida hacia esas mismas fechas.

La tradición transmite dos versiones acerca del origen de la escritura en el Lacio, remontándose ambas a una época mítica y a un ambiente griego. En la noticia recogida por Tácito (*Ann.*, 11.14) –también conocida por otros autores anteriores: Catón, Varrón, Livio, Dionisio– se establece un claro distanciamiento entre Etruria y el Lacio: en la primera la escritura habría sido introducida por el corintio Demarato, mientras que los latinos la conocieron gracias al arcadio Evandro. Esta tradición pretende no sólo desvincular a los romanos de un posible préstamo cultural etrusco al reconocer orígenes diferentes en relación a ambos pueblos, sino sobre todo asentar una primacía de los latinos sobre los etruscos, al menos en este aspecto. En efecto, mientras que Demarato es un personaje real y situado en un tiempo histórico (mediados del siglo VII a. C.), pues era considerado padre del rey romano Tarquinio Prisco, Evandro se localiza en un lejano y legendario pasado y su acción civilizadora se ejerce no sobre el pueblo latino, todavía inexistente, sino sobre los aborígenes, pueblo que habría sido el primero en habitar el Lacio, como veremos en otro capítulo. La segunda tradición aparece en Plinio (*Nat. Hist.*, 7.56) y en Solino (2.7) y atribuye la introducción de la escritura en el Lacio a los pelasgos, mítico pueblo griego que participó asimismo en la etnogénesis latina. Aquí nos situamos también en un momento muy anterior a la existencia de los latinos como pueblo histórico.

Pero si nos fijamos en los datos epigráficos, necesariamente hay que admitir, en contra de los antiguos, una intervención etrusca en la difusión entre los latinos de la escritura. Ésta fue introducida en Italia por los griegos, como es de todos conocido, y sus alumnos más avanzados fueron probablemente los etruscos. Sin embargo, se duda si en el Lacio la escritura fue dada a conocer por los etruscos o directamente por los griegos, o quizá por ambos a la vez. Algunas letras del primitivo alfabeto latino no eran utilizadas por los etruscos (D, O, X) y en latín tienen un valor fonético similar al griego, lo que parece indicar que tales signos sólo pueden explicarse mediante una intervención griega. Sin embargo, el sistema latino de las velares (C, K, Q) exige un intermediario etrusco, al tiempo que la forma de las letras remite al ambiente epigráfico de las ciudades etruscas de Caere sobre todo y en menor medida de Veies. Por estas razones, se ha pensado que la escritura fue introducida en el Lacio desde Etruria, aunque con una mediación griega en el sentido de que se trataría de etruscos con conocimiento del valor fonético de las letras griegas. Pero por otra parte, no se puede descartar la idea de varias influencias actuando simultáneamente, de manera que antes de nada existiría una fase de transición, experimental, en la que la práctica va poco a poco imponiendo un sistema.

El repertorio epigráfico disponible es muy escaso y bastante uniforme, pero variado en cuanto a la lengua de las inscripciones, pues hay latinas, etruscas y griegas. Estas últimas son muy escasas y denuncian la presencia

de elementos griegos en el Lacio, como la que se encuentra sobre una olpe corintia, del último tercio del siglo VII, hallada en la tumba 125 del Esquilino, en Roma. Un caso muy singular es el de esa otra inscripción, ya mencionada, incisa sobre un vaso de impasto de producción local depositado en la tumba 482 de Osteria dell'Osa, en Gabii (figura 1.2), en una fecha aproximada hacia el año 770 a. C. El hecho no deja de ser sorprendente, pues si la cronología propuesta es la correcta, y todo parece indicar que así es, esta inscripción sería contemporánea a los primeros testimonios escritos griegos y anterior a los grafitos más antiguos conocidos en Ischia, en la Italia griega. La lectura más probable es $\epsilon\upsilon\lambda\iota\nu$, pero su significado sigue siendo muy enigmático, e incluso se duda sobre la lengua en que está redactado el epígrafe. Una interpretación muy sugestiva, aunque por completo hipotética, la pone en relación con el hilado, una actividad propia del universo femenino latino, donde en época más reciente la matrona es cualificada como *lanifica* (en este caso se ha sustituido la lana por el lino), lo que por otra parte estaría en consonancia con el hecho de que la tumba pertenecía a una mujer.

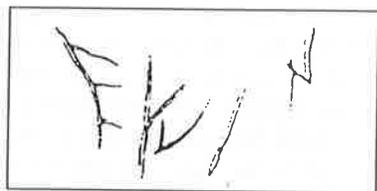


Figura 1.2. Inscripción sobre vaso de la tumba 482 de Osteria dell'Osa. Gabii.

Las inscripciones etruscas son más abundantes y remarcan la idea, conocida por otros datos, de la existencia de una comunidad cultural etrusco-latina. Unas señalan a etruscos asentados en diferentes ciudades del Lacio, bien en una posición social destacada, o por el contrario pertenecientes a esas clases "medias" atraídas por el desarrollo económico que vivía la región. En el primer caso se encuentra el personaje reflejado en el epígrafe *vetusia* de Praeneste, ya mencionado, que si verdaderamente es etrusco, como parece probable, hace referencia a un rico individuo llamado Vetus. Los segundos son detectados por inscripciones sobre soportes más comunes, algunas llegadas a nosotros en estado fragmentario, otras –las menos– enteras, como el caso de *ni araziia laraniia*, inscrita sobre una copa hallada en la ladera del Capitolio romano. Otras inscripciones denuncian la presencia de etruscos con una función comercial, como el ceretano Laris Velkhaina, quien realizó una ofrenda en el santuario de Mater Matuta en Satricum. En el templo de la

misma divinidad pero en Roma, en el área sacra de Sant'Omobono, en el Foro Boario, también se comprueba la presencia epigráfica de etruscos, como un *uqnus[...]* que vivió a finales del siglo VII. Pero el ejemplar más importante es sin duda una plaquita de marfil con un león grabado en una de sus caras, mientras que sobre la otra, lisa, corre la inscripción *araz silqetenas spurianas*. Se trata de una *tessera hospitalis*, un documento de finalidad mercantil que involucraba a dos individuos, siendo uno de ellos probablemente miembro de la poderosa familia etrusca de los Spuriana o Spurina, propietaria de la tumba de los Toros en Tarquinia.



Figura 1.3. Inscripción etrusca sobre león de marfil. Roma, San't Omobono.

Un caso muy interesante, descubierto en fecha reciente, lo representa una inscripción etrusca sobre un ánfora de bucchero depositada en una rica tumba de cámara, fechada en el siglo VI a. C. y situada en la necrópolis de Lavinium. El texto especifica que se trata de un regalo entregado al noble lavinate por Mamarce Apunie, nombre que ya era conocido como el del autor de una ofrenda en el santuario del Portonaccio en la ciudad etrusca de Veyes. Este documento refleja los vínculos que existían entre miembros de las aristocracias latina y etrusca, cuya amistad se cimentaba en los obsequios que se realizaban entre sí, relación imprescindible para comprender la movilidad social entre ambas regiones característica de las épocas orientalizante y arcaica, fenómeno al que habrá ocasión de referirse en capítulos sucesivos.

Las inscripciones etruscas encontradas en Roma presentan algunas peculiaridades lingüísticas y epigráficas, que han llevado a G. Colonna a pensar en la existencia de un dialecto etrusco hablado en Roma. Quizá la hipótesis sea un poco frágil, pues con los escasos datos disponibles es difícil llegar tan lejos. Pero en todo caso, estos hechos denotan la presencia de etruscófonos en Roma, que se han ido asentando a lo largo del periodo orientalizante y que por el tiempo transcurrido han adquirido algunos hábitos lingüísticos

nuevos. Las relaciones entre ambos mundos, el etrusco y el latino, eran pues muy intensas, impresión que se refuerza, siempre en el ámbito epigráfico, si tenemos en cuenta el argumento inverso, es decir, la presencia de latinos integrados en ambiente etrusco. A finales del siglo VII fue enterrado en la tumba 17 de la necrópolis de Picazzano, en Veyes, un individuo llamado Tite Latine, personaje que había transformado en *nomen* su propio étnico. Por las mismas fechas se documenta en Caere a un tal Phapena, forma etrusquizada del gentilicio latino *Fabius*, una de las *gentes* patricias más importantes de Roma. Años atrás, en el primer cuarto de ese mismo siglo VII, una mujer de origen latino llamada Hustilei (=Hostilia) aparece en Vulci, donde probablemente acude para contraer matrimonio con un noble etrusco.

Como es natural, el mayor número de las inscripciones conocidas está redactado en lengua latina. Predominan las instrumentales, situadas sobre pequeños objetos transportables, respecto a las monumentales, muy escasas. En su mayoría se trata de pequeños fragmentos, que en el mejor de los casos sólo proporcionan información onomástica, dándonos a conocer a individuos como Kanaios en Ardea, Karkavaios en Laurentina o Ououios en Roma, nombre este último de origen itálico. Otro pequeño testimonio, pero de gran valor documental, es el grafito con la palabra *rex* que se lee en el fondo de un vaso encontrado en la Regia de Roma, referencia directa a uno de los últimos monarcas romanos, muy probablemente Tarquinio el Soberbio.

Dentro del ámbito privado, algunas inscripciones tienen un desarrollo más amplio y ofrecen indicios sobre el estilo de vida y la ideología de la clase aristocrática. En primer lugar, la fibula de oro de Praeneste, cuya autenticidad sigue sin embargo suscitando algunas dudas. Es la primera manifestación conocida de la lengua latina y dice lo siguiente: *manios med vhevhaked numasioi*. Se trata de una inscripción de donación, parlante, en la que habla el objeto y dice que fue dado por Manios —que no es el nombre del artesano— a Numasios. Estos dos personajes son nobles, que intercambian regalos para reafirmar su amistad, según un mecanismo no muy diferente al que practicaban los héroes homéricos. El mundo etrusco contemporáneo ofrece bastantes ejemplos epigráficos de este uso, que como en el presente caso, suele utilizar objetos de prestigio al limitar su utilización al círculo de las clases superiores. Probablemente pertenecientes también al ámbito de la donación son dos inscripciones sobre vaso en las que las protagonistas son mujeres. Una es conocida por el nombre de la propietaria del objeto, Tita Vendia, inscripción tenida por algunos como falisca, y la segunda fue hallada en la tumba 115 de Osteria dell'Osa. Ambas están sobre el mismo tipo de vaso, una olla de impasto rojo de producción local; se fechan hacia la misma época, el orientalizante reciente, y tratan sobre el mismo asunto, donación de carácter nupcial en relación con prácticas conviviales. Estas dos inscripciones hacen pues referencia a un aspecto fundamental del estilo de vida aristocrá-

tico, el banquete, actividad a la que la mujer no parece ser extraña, como sucedía en Etruria pero no así en Grecia. Un último documento a tener en cuenta es el famoso vaso de Duenos (figura 1.4), compuesto por tres pequeños recipientes unidos entre sí y con una inscripción relativamente larga que corre por la pared exterior. El vaso procede de un depósito votivo hallado en el Villino Hüffer, en el Quirinal romano, y se fecha en la primera mitad del siglo VI. La inscripción ha sido objeto de diversas traducciones y comentarios, pero posiblemente haya que interpretarla en un sentido nupcial, reflejando la promesa de matrimonio de aquel que hace obsequio del vaso hacia quien lo recibe, cuyos nombres **sin embargo no figuran** en el texto. Se trata de un objeto destinado a circular **entre los nobles, cuya** cualificación como grupo aparece en el término *duenos*, **interpretado como** forma arcaica de *bonus* y expresión por tanto de la superioridad social de la aristocracia.



Figura 1.4. Inscripción latina sobre el vaso de Duenos. Roma, Villino Hüffer.

Si ahora consideramos los ejemplos pertenecientes al ámbito público, su número se reduce notablemente. En primer lugar está el cipo del Foro, hallado bajo el *lapis niger* en el Comicio romano. Se fecha a mediados del siglo VI y la inscripción grabada en sus caras, muy fragmentaria, contiene una *lex sacra*, en cuyos términos se aludía a la acción del rey y de otras instancias públicas. Fuera de Roma, **hay que recordar una base de una estatua** procedente de Tivoli, la antigua Tibur, **de finales del siglo VI, que porta una inscripción** que se refiere a la donación hecha **por un tal Kavios a una divinidad desconocida**. Se duda si la lengua es sabina o latina (esta última con mayor probabilidad), pero sí presenta relaciones paleográficas y lingüísticas con ambientes itálicos, redundando en la impresión que se obtiene por otros datos

sobre la influencia y presencia de elementos itálicos en el área tiburtina. También referida a tema religioso es la inscripción contenida en una lámina de bronce (figura 1.5), de la segunda mitad del siglo VI, encontrada en el santuario de los trece altares de Lavinium. Se trata de una dedicatoria a los Dióscuros griegos, Cástor y Pólux, cuyo culto, que pocos años después se introducirá en Roma, llega a ambientes etruscos y latinos desde la colonia griega de Tarento. Constituye por tanto un claro ejemplo del grado de helenización que habían alcanzado algunas comunidades latinas. Por último, existe un documento histórico de enorme importancia conocido con el nombre de *lapis Satricanus*. Se trata de una inscripción, de finales del siglo VI, situada sobre un bloque de piedra reutilizado en una fase posterior del templo de Mater Matuta, en la ciudad latina de Satricum. El texto hace mención a una dedicatoria a Marte realizada por los compañeros, *suocales*, de un tal Publio Valerio. Por la cronología de la inscripción, inmediatamente surge la tentación de identificar a este personaje con P. Valerio Publícola, uno de los protagonistas tradicionales de la incipiente República romana. Pero en todo caso, el documento viene a mostrar la existencia de formaciones militares privadas, así como ciertas tendencias centrífugas de la aristocracia respecto a la ciudad.

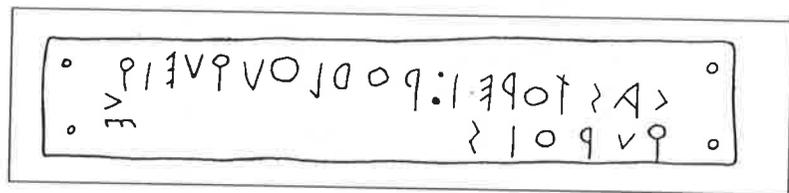


Figura 1.5. Inscripción latina sobre lámina de bronce. Lavinium.

1.3. Cuestiones de método

Teniendo en cuenta las condiciones que envuelven a las fuentes literarias, la arqueología se presenta en principio como el instrumento más adecuado para comprender e interpretar el problema de los orígenes de Roma. Los nuevos datos que se incorporan por esta vía crecen continuamente, las posibilidades de interpretación son cada vez más seguras porque mejores son las técnicas de hallazgo y recuperación de los materiales, así como los planteamientos metodológicos con los que el especialista encara su estudio. En definitiva, a nadie se le escapa que la arqueología constituye en la actualidad una guía necesaria e imprescindible, sin la cual difícilmente podría asegurarse el camino de la investigación histórica.

Pero aun reconociendo sus enormes ventajas, no conviene olvidar que la arqueología no es una panacea. En lo que se refiere a la época que tratamos, la documentación arqueológica tiene también sus problemas y algunos tan difíciles como los que suscita la tradición literaria. En un trabajo aparecido en 1960, M. Pallottino escribía, en referencia a los conocimientos sobre la protohistoria italiana, que "no parecerá exagerado afirmar que lo que ignoramos es la regla y lo que conocemos es la excepción", por lo que "todo intento de sistematización y de reconstrucción debería tener en cuenta esta realidad negativa como un dato concreto". Muchas cosas han sucedido desde entonces, numerosas las novedades y un enriquecimiento muy considerable del patrimonio arqueológico. Pero en lo sustancial, tales palabras siguen teniendo validez en la actualidad, y no en vano el propio Pallottino, en su última gran contribución científica al problema de los orígenes de Roma, se reafirma en la misma idea advirtiendo contra posibles excesos de las recientes tendencias arqueológicas en su interpretación de los hechos históricos. En efecto, por mucho que se incremente en cantidad y en calidad, la documentación arqueológica tiene sus propios límites, que no son otros que la parcialidad en los conocimientos que transmite, por lo que nunca podrá por sí sola satisfacer las necesidades de información histórica. Sin el apoyo de otro tipo de fuentes, la arqueología puede convertirse en maestra de errores y de ahí la necesidad de utilizarla al unísono con otros documentos.

Así las cosas, nuestra mirada ha de dirigirse por fuerza hacia las fuentes literarias, cuyo valor suscita, como sabemos, posturas muy diferentes. Ciertamente extraña que un historiador como M. I. Finley, tan exacto en sus apreciaciones y medido en sus juicios, adopte una postura tan sumamente crítica hacia el relato que los antiguos nos dejaron acerca de la Roma primitiva, hasta el punto que parece renunciar al estudio de esta época: "Por ello no es sorprendente que los mejores tratados modernos pasen rápidamente de la cuestión de los orígenes de Roma al ámbito [...], de la historia intelectual e ideológica de la República romana", afirma en un trabajo sobre el historiador de la antigüedad y sus fuentes. Tal postura está determinada por la ausencia de fuentes literarias directas, a lo que otros historiadores próximos a esta actitud, como J. Poucet, añaden la carencia de un método crítico frente a la tradición. Los antiguos y la mayor parte de los modernos actúan, pues, movidos por similar preocupación, el vacío que inevitablemente se presenta si el pasado no se llena con hechos, auténticos o no. Sin embargo, surge la duda sobre dónde se encuentra verdaderamente este temor al vacío, si en la posición hipercrítica o en la contraria. Estos autores aducen numerosos ejemplos en los que la versión de los antiguos resulta muy poco –por no decir nada– fiable, y no se les puede reprochar; pero no es menos cierto que también es posible oponer otros tantos casos en los que la historicidad del relato tradicional está avalada. Si hemos de juzgar el todo por la parte, nunca existirá la

posibilidad de establecer puntos de acuerdo. Por ello la constante dialéctica entre seguidores y detractores de la tradición, como anteriormente veíamos, puede y debe ser superada.

Desde sus respectivas posiciones de estudio y análisis, autores tan distintos en formación y objetivos como A. Momigliano, M. Pallottino, J. Heurgon, F. Coarelli o T. J. Cornell reclaman la validez de las fuentes literarias para nuestro conocimiento sobre la Roma primitiva y arcaica. Naturalmente no se trata de aceptar la tradición en bloque, pero tampoco se ven razones suficientes para rechazarla en su totalidad. En la medida de lo posible, es por tanto necesario eliminar todos aquellos elementos fantásticos, falsos o simplemente anacrónicos que con el paso del tiempo se han ido acumulando sobre unos recuerdos cada vez más lejanos. En algunos ámbitos, como la religión y la topografía de los cultos, la memoria colectiva es más conservadora y en consecuencia se puede evocar el pasado con mayor facilidad; en otros, por el contrario, como es el caso de la narración de los hechos, la "histoire événementielle", las posibilidades de falsificación se incrementan notablemente, lo que obliga a agudizar la atención y profundizar en la crítica.

Podemos entonces finalizar este capítulo retornando a la frase con la que comienza. En palabras de A. Momigliano, "donde hay una tradición literaria, ésta se convierte en una guía más segura para una civilización del pasado que no sólo la arqueología; pero obviamente la arqueología puede servir como excelente medio de control de una tradición literaria". Siempre la cautela y la conciencia de que la documentación disponible nos impone unos límites muy difíciles de sobrepasar deben ser las premisas fundamentales que guíen todo intento de interpretación y reconstrucción histórica de los orígenes de Roma. Hay que admitir que nos situamos sobre unos conocimientos móviles que avanzan, pero despacio y a ritmo incierto, de forma que lo que hoy se tiene por seguro mañana puede ser desechado a la luz de nuevos descubrimientos.

2.

El entorno físico

2.1. El Lacio

Como ya sabemos, Roma se incluía en los tiempos antiguos en el concepto étnico y cultural latino, que tenía en la región del Lacio su entorno geográfico natural. Sin embargo, lo que en la actualidad se entiende por Lacio no se corresponde con el significado geográfico que este término tenía en la antigüedad, pues entonces ni la Etruria meridional ni la Sabina estaban comprendidos dentro de sus límites. Los antiguos denominaban *Latium* a la región que se extendía al sur del bajo curso del Tíber, encerrada por el mar en el oeste y las estribaciones de los Apeninos en el este. Hacia el sur, en dirección a Campania, el límite del territorio latino se presenta más difuminado, pues no existe un accidente natural que señale con claridad la idea de separación. Por este motivo, con el paso del tiempo la definición territorial del Lacio se fue ampliando en sentido meridional, estableciéndose una distinción entre *Latium vetus* o *antiquum* y *Latium adiectum* o *novum*. Según el naturalista Plinio (*Nat. Hist.*, 3.56), el primero llegaba hasta el promontorio Circeo, mientras que el segundo abrazaba la línea costera hasta la desembocadura del Garigliano, es decir, los territorios conquistados por Roma a volscos, hémicos y auruncos. El que interesa a la época que tratamos aquí es naturalmente el *Latium vetus*.

2.1.1. Morfología de la región latina

Puede decirse que la morfología del Lacio, tal como la contemplamos en la actualidad, es reciente, pues su formación tuvo lugar sobre todo durante